

—Cabalmente —replicó el acaudalado comerciante—, pero no vaya usted a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—Un milagro del arte, ¿eh? —repitió míster Wood.

—Sí, señor, una pierna maravillosa, cueste lo que cueste.

—Estoy en ello. Una pierna que supla en un todo la que usted ha perdido.

—No, señor. Es preciso que sea mejor todavía.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada, ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

—Será usted servido.

—En una palabra, quiero una pierna..., vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como usted guste.

—Así que ya está usted enterado.

—De aquí a dos días —respondió el pernero— tendrá usted la pierna en casa, y le prometo que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas y lisonjeras esperanzas, pensando en que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que podía haber en todo el Reino Unido de la Gran Bretaña.

Entretanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina, con tanto empeño y acierto que, tres días después, como había prometido, su obra estaba acabada, y él muy satisfecho de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del desvernado⁵ comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Se moría de ganas de calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón.

«Ese será», se decía a sí mismo, pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil

⁵ *Desvernado*: sin pierna.

—No *abaja* nadie —murmuró desolado el pastor—. ¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que esta es una cueva del *dimoño* —dijo uno—. *Abajad* vos, si queréis.

El viejo se ató, decidido, la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Se oyó en aquel momento un murmullo vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo —dijo, y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que los guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima y, al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían ido reuniendo junto a los pastores, mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna y, absortos, oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permanecía allí, presa aún de la mayor curiosidad.

Se oyó de pronto el sonido de una campanilla y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo, que ascendía por el monte, acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero los había encontrado por el camino y les contó lo que pasaba.

Al ver al viático¹⁸⁹, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vio al sacerdote acercarse lentamente hacia el abismo.

El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos; le contestaban murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia¹⁹⁰; chisporroteaban y crepitan las teas humeantes, y a veces, en un momento de silencio

¹⁸⁹ *Viático*: sacramento de la eucaristía que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte

¹⁹⁰ *Salmodia*: parte de la liturgia en la que se rezan o cantan varios salmos.